

# Presentación

Todas las ciencias sociales hacen “camino al andar” cuando buscan ampliar sus posibilidades de avance, pero la antropología, por la naturaleza de su objeto de estudio, le viene dando a ese empeño un especial cuidado. La antropología pretende, desde hace tres décadas, circunscribirse sólo a los aspectos socioculturales de la condición humana, desprendiéndose de aquellos con los que emprendió, a mediados del siglo XIX, la búsqueda de su institucionalización académica: los aspectos biológicos. Sin embargo, ni este silencioso intento por restringir su objeto de estudio lo puede liberar de la necesidad de seguir haciendo más “camino al andar”. Es que es así cómo también viene creando las condiciones para asumir el mayor reto que actualmente tiene: integrar en un solo proceso los quehaceres explicativo (científico) e interpretativo (hermenéutico, comprensivo), evitando que el desborde de sus autonomías puedan constituirse en una traba.

Por lo general, en la historia de la antropología se demarcan dos épocas sucesivas: la clásica, entre los mediados de los siglos XIX y XX, y la moderna, desde mediados del siglo XX hasta nuestros días. Para diferenciar estas dos épocas nada es más significativo que el ordenamiento metodológico que particularmente se imponen, a partir de algo que tienen en común: la cuota interpretativa que de manera implícita y permanente les ofrece la antropología, en tanto los “otros” a los que dirige su atención no son inmediata ni directamente inteligibles. En la época clásica los estudios antropológicos hicieron un uso privilegiado de la metodología explicativa, por lo que ni las informaciones que procesaron primariamente estuvieron exentas de concepciones y teorías signadas por el etnocentrismo. A diferencia de la anterior, en la época moderna hay un rechazo a la metodología explicativa, con argumentos que, por estar impregnados de concepciones ideologizadas de la ciencia y de la teoría científica, no son del todo convincentes, y una intención por no reconocer más metodología que la interpretativa. Hoy, entre las presiones que afronta la antropología hay una que la lleva a oponer los procesos interpretativos a los procesos explicativos, abrigando la posibilidad de que, al desvalorizarse estos últimos, pueda ser negada su propio estatuto científico.

En las antropologías nacionales de América Latina la oposición entre los procesos explicativo e interpretativo aparecen como continuaciones o complementaciones de aquellas que en los momentos críticos surgen entre las ciencias naturales y las ciencias sociales o entre las ciencias nomotéticas y las ideográficas, y encontrando asidero en cualquiera de sus grandes paradigmas, indigenismo, integración nacional o revolución. En las actuales circunstancias, todas las antropologías nacionales tienen que dar cuenta no sólo de las diferencias sociales y culturales y de sus matices, sino también de sus desigualdades, y, en esta perspectiva, no hay debate que deje de expresarse finalmente como una preocupación metodológica. En las antropologías nacionales latinoamericanas, como en cualquiera de las ciencias sociales, las discusiones metodológicas acontecen no por sentimientos de inferiores o por los atrasos, sino porque son manifestaciones de lo que intrínsecamente es la antropología, principalmente por la inclusión del sujeto por conocer (sujeto gnoseológico o cognoscitivo) en su campo semántico.

Carlos Iván Degregori y Pablo Sandoval, dos profesores de nuestra Escuela, plantean un conjunto de valiosas reflexiones sobre la reciente historia de las antropologías latinoamericana y peruana en el libro *Saberes periféricos* (2008), del que son compiladores y autores. Según ellos, la historia de la antropología latinoamericana: “*puede leerse como el desarrollo de un <<saber periférico>>, aunque bajo ciertas particularidades. Ni fue una antropología que dependió exclusivamente de los vaivenes teóricos de la antropología*

*euroamericana, ni tampoco fue una antropología que elaboró ‘autónomamente’ sus propias teorías y paradigmas. Una historia intelectual más precisa afirmarí, más bien, que fue una antropología ‘mestiza’, es decir una disciplina que estuvo siempre alerta y abierta a aquellas discusiones metropolitanas, pero que mantuvo a la vez fuertes vínculos con sus propias tradiciones intelectuales, así como con sus propios dilemas e inquietudes políticas de construcción nacional. Por ello, superó primero a su propia matriz, el indigenismo, desarrolló luego las vertientes culturales de la teoría de la dependencia, y en las dos últimas décadas, promovió las más interesantes discusiones alrededor del paradigma de la interculturalidad’*

En cuanto a la historia de la antropología peruana, parte de la idea del desplazamiento entre un “paradigma homogeneizador” y “la construcción de un nosotros diverso”, indicando que esta última situación implica la retracción del Estado respecto a las políticas sociales homogeneizadoras y apertura hacia la diversidad cultural, primero como multiculturalismo y después como interculturalidad. Señalan que con el multiculturalismo se reconoce el derecho de los grupos humanos a la diferencia y la realización de acciones para la auto-afirmación; no obstante, advierten que como concepto induce a creer que los grupos humanos son homogéneos, autosuficientes y susceptibles de ser perfectamente acotados, que concede una desmedida importancia a los ideales de la equidad y la tolerancia, con una despreocupación casi total de las interacciones y transformaciones entre diferentes. Respecto a la interculturalidad, señalan que como concepto da cuenta de las interacciones, como también de todas las formas de desigualdad que conlleva, en tanto hay la posibilidad de eliminarlas.

Es con pensamientos como los que se reseñan que la Escuela de Antropología renueva su intención de seguir haciendo “camino al andar”; en esa perspectiva se inscribe el sexto número de la *Revista de Antropología*. Encabeza nuestra sección Estudios, un capítulo del trabajo de Edward B. Tylor, uno de los fundadores de la antropología moderna, sobre Cuba y México, que fuera publicado en 1861 en inglés, traducido y precedido de una introducción por el antropólogo danés Leif Korsbaek. Lo sigue el reciente estudio de Sulema Escalante, quien indaga sobre las estrategias económicas de las familias cubanas durante el período especial. A continuación publicamos el discurso académico del antropólogo brasileño Eduardo Viveiros, sobre la figura emblemática de Claude Lévi-Strauss, pronunciado con motivo de los cien años de vida del fundador del estructuralismo. Margarita Gentile, antropóloga argentina, egresada de esta Casa de Estudios, contribuye con su artículo etnohistórico sobre los cocales de Tucumán y Rodolfo Sánchez trata sobre la reinterpretación del mito fundacional de los incas. Los docentes del Departamento de Antropología contribuyen con sus avances de investigación: Teodomiro Palomino sobre el estudio de la unidad doméstica de los pastores altoandinos de Ayacucho; Sabino Arroyo acerca de la figura simbólica del apóstol Santiago en el imaginario andino y Román Robles se ocupa sobre de agricultura y tradiciones vinculadas al agro en el valle del Colca. En la sección de Apuntes escriben otros docentes: José Vegas Pozo sobre regionalización, comunidades y desarrollo; Ladislao Landa sobre Incarrí en Pacapauza; Jaime Regan e Isaac Paz Suikai se ocupan del matrimonio dravídico entre los Awajún y Rommel Plasencia recoge los cuentos ashanincas. Publicamos también la entrevista de Pedro Jacinto a Jürgen Golte acerca de su reciente libro y cierran el contenido dos reseñas de libros hechas por María Victoria Cao y Mercedes Giesecke.

*Román Robles Mendoza*  
Director